

Reverón quiere curarse y volver a pintar

Elite, 1953-02-14.

Reverón, como Don Camilo, habla con Dios. Como en la célebre obra de Guareschi, la voz del Padre Eterno es un rector de conciencia en el ilimitado mundo imaginativo del artista venezolano. La voz silenciosa que agobiaba con sus decisiones al párroco, resuena con inflexiones cariñosas en los cuatro limitados confines de mampostería de "La Cueva": *¡Sí, Armando, vete a la Barbería de Sevilla, que allá estoy Yo!*.

Es la misma voz del pintor. El se responde a sí mismo. Pero en un tono más grave, más solemne, de flexiones cariñosamente persuasivas que mueven a la acción pronta y humilde. "Dios es uno mismo –dice convencido El hombre es Dios". El Padre Eterno está en "La Barbería". Está representado por un óvalo de cartón con rasgos del Cristo lleno de angustia humana, el cuerpo magro de una caña y los brazos difuminados hechos de palmas secas.

Pero el lector no conoce el santuario artístico de la "Barbería de Sevilla"; ni la "Cueva", el "Paraíso Terrenal" del gran pintor que pide a Dios permiso para hablar.

"La Cueva"

Las cartas que llegan para Armando Reverón están dirigidas a: "Las Quince Letras", Macuto. Para llegar a "La Cueva" hay que tomar a pie un callejón de tierra un centenar de metros antes de llegar al conocido lugar de comidas. Apenas si hay una distancia mayor desde la carretera hasta la sólida puerta de madera que da acceso al "Paraíso Terrenal" del pintor.

Cuando llegamos en compañía de don Manuel Cabré, la puerta estaba trancada. Detrás de los sólidos maderos de que está hecha, hay una red de alambre y una pobre cortina de arpillera. Colgada a media altura, una campana (hecha de un tubo de hierro colado y badajo de piedra) con timbre de esquila.

La voz de Juanita, la esposa del pintor, denota la alegría de volver a recibir a un amigo. Veo cruzar la silueta del maestro a través de la arpillera.

– Ya va, Manuel; voy a buscar las llaves...

Reverón tarda un poco en volver. El vecindario asoma por puertas y ventanas con gesto curioso. La puerta está en el mismo vértice, chafando la esquina donde se unen muros bien levantados de mampostería con más de tres metros de altura.

Hay simpatía y contento en los ojos de Reverón. El pelo revuelto, la barba enmarañada, esa cabeza recuerda las representaciones usuales de los personajes bíblicos. Viste alpargatas negras y un pantalón corto de percal blanco. Nada más. La nobleza se viste a menudo con harapos. La cortesía y la generosidad con que recibe Armando Reverón a sus visitantes están a prueba de andar sin ropas.

Este es el "Paraíso Terrenal" del artista. Es una superficie cuadrada de unos 24 metros de lado. Corpulentos árboles proyectan sombra de sosiego. Aquí están los árboles del Bien y del Mal. Bajo sus copas viven Adán y Eva, rodeados de su mundo maravilloso de modelos de cartón y trapos, muchos animales que conviven en paz, y la representación de toda la Corte Celestial.

El centro ocupa un cubierto de palma con pretil y columnas de mampostería de unos siete metros de cuadro. Le rodean salientes de rocas y peñas con superficie lisa de enormes cantos rodados. Sobre una mesita de centro hay una radio prendida. Tres muñecas de trapo de tamaño natural están formalmente sentadas en sillas, con prestancia humana de escuchar pasmadas un ritmo loco de trompetas. Reverón sólo nos presentó a Teresa. Se torció el hilo voluble de su atención, y sus dos compañeras de trapo quedaron sin los honores de la presentación.

Guindados del techo, nueve palos de caña rematados con cabezas planas de cartón representando a las figuras de un cuadro que Reverón espera seguir pintando: "El bautizo interrumpido".

– Este señor que está aquí es Nuestro Señor Jesucristo –nos decía–. Aquí el Padre Eterno, los Ministros del Señor, la madrina, Rosa con la guitarra... Un enredo este cuadro. Pero me gusta. Lo voy a seguir pintando.

Las demás habitaciones de La Cueva están adosadas contra los muros. La primera de la derecha ocupa una superficie de cinco metros de cuadro. Tiene un techado embreado. Hay colgados un gran número de instrumentos: un arco, guitarra, maracas. En el centro del cuarto, un podium. Sobre él hay una muñeca de trapo y una figura recortada de cartón, representando mujeres. En un ángulo, un cochecito viejo, recién pintado, de niño, donde duerme una muñequita. Aquí se entretuvo el pintor un rato haciendo gestos que corresponden a su especial rito de abluciones para quitarse del cuerpo ese "pegote que tengo metío".

La segunda que está en un ángulo, tiene las mismas dimensiones. Esta es la "Barbería de Sevilla" donde está el Padre Eterno. Está lleno de objetos y cachivaches. Hay una luna quebrada contra la pared: un tablero grande tachonado de rosas de papel de varios colores; un piano fabricado con cajas de embalaje con el teclado pintado sobre una tabla lisa, donde permanece quieta una concertista de trapo; en un ángulo, un brote de escalera, con barandado de papel blanco y peldaños de cartón rojo, que muere en el techo; colgada de la pared, una caja pequeña de cartón con el cuadrante de un reloj pintado; debajo, en el suelo, un esqueleto desmoronado; también cosido a la pared, una caja de madera que representa un aparato de teléfono, con los números pintados de derecha a izquierda; pegado al muro, una hoja de calendario, marcando: "19 de abril, miércoles". El Padre Eterno está rodeado de otras figuras religiosas guindadas del techo.

Después viene un pequeño gallinero, y sigue una cuarta pieza, que sirve de habitación a Juanita, donde Reverón guarda la mayor parte de sus bocetos, sus pocos libros, los recortes de periódicos que ha venido coleccionando y las maletas con que se mudó a su retiro definitivo hace más de 30 años. La cocina donde se afana Juanita está dotada de agua corriente, luz, surtida despensa y un fogón rústico. Del muro cuelga un racimo de cambur de nueve manos recogido allí hace un par de días. Cuando llegamos a

la habitación del pintor, casi hemos regresado otra vez a la puerta. Apenas si hay algo más que un catre con la figura de un toro en la cabecera.

Los animales de Reverón

"La Cueva" es un Paraíso también para los animales. "Rosa", una guacamaya vestida de arcoiris, limpia tranquilamente de bichos a "Sultán", el perro que acompaña con alegres movimientos de cola a los visitantes, ahora pacíficamente echado al sol. Reverón y Juanita dan de comer a cuatro gatos, que llaman "Niñita" por igual en recuerdo de otra que murió de vieja una noche de tormenta. No importa que éstas no sean todas hembras. Hay, además, palomas, patos, gallinas y dos monos. Los monitos se llaman "Panchito" y "Francisquito". Reverón ha enseñado a pintar a "Panchito", y el pintor nos hace pacientemente la demostración:

– ¡Panchito, dame el coletó!...

"Panchito" lo recoge del suelo y entrega el pedazo arrugado de saco. Toma con su mano derecha una pluma de ave que le entrega Reverón, y a la orden del maestro, el mono comienza a dar brochazos.

– Ponte la pluma en la cabeza.

El monito lo coloca justo con el ángulo que llevan las señoras cuando van de sombrero. Reverón se ríe, y dice: "Esto de la pintura... Parece que cualquiera puede pintar, hasta "Panchito". Pero mejor es no menearlo, como decía aquél, ¿no les parece?... ¡Aplauda, "Panchito"! ¡Ven, "Panchito" se aplauda a sí mismo también! Pero mejor es no "meneallo", ¿verdad?"...

El respeto de Reverón por los demás

– ¿Qué le parece Picasso, maestro?

– ¿Picasso?... Miren Uds. Reverón no puede decir nada, porque él sabe lo que hace...

¡Un gallo no puede cantar mejor, ¿verdad?... Cada cual pinta como siente.

Cuando mostraba algunos bocetos a don Manuel Cabré, aparecieron algunos dibujos hechos por Juanita. "Estos dibujos son de Juanita. Hay que guardarlos muy bien, para que no se estropeen. Todo tiene su arte; no hay que romper nada de lo que hacen los demás... ¿Qué te parece, Manuel?"...

– Tienes razón, Armando; guarda estos dibujos, que están muy bien...

– ¡María Santísima, Manuel Cabré dice que está bien, que guarde estos dibujos. ¿Los guardo?... Sí, Reverón, guárdalos, que el arte es sagrado, toda la inspiración viene de Dios; ¡Ves, Manuel, María Santísima me dice que está bien, que los guarde! Este dibujo lo hizo una señorita, mira... También lo guardo, porque no se debe romper nada de lo que hace una señorita. ¿Verdad?... Sí, señores, hay que respetar siempre a los demás, porque ellos sabrán lo que hacen y sus obras son las del mismo Dios. Algunos se hacen odiosos, porque rechazan todo lo que no es de su propia inspiración. Cada uno pinta a su manera. Por eso se hacen también odiosos algunos directores de Academia. Porque

siempre tienen que decir a sus alumnos lo que hay que hacer, y no le dejan a uno crecer con su propia obra. "¡Haga Ud. esto, no haga lo otro!". Entonces quién es el que pinta y para quién pinta? No hay que pintar para vender. Yo guardo estos dibujos de Juanita. Yo no los rompo. Ella es la que los debe romper si quiere. ¿No te parece, Manuel?

Reverón hace pasar uno a uno todos los dibujos que tiene recogidos en una carpeta de cartón por las manos pacientes y comprensivas de don Manuel Cabré: "Sí, Armando, tienes razón"...

– ¿Ves?... Como esto; lo pintó una señorita que vino a verme. ¿Verdad que está bien?... El sombrero de esa dama es "primordial"...

Los recuerdos coherentes del artista

Nunca ha perdido Reverón conciencia del valor de su pintura. A pesar de sus muchas necesidades, ha valorizado el precio de su arte y no ha malvendido nunca un solo cuadro. Recuerda los nombres de las personas que han adquirido obras suyas que él aprecia de veras, y está contento de saber que las sabrán cuidar.

El pintor recuerda con detalles cariñosos su viaje a España un poco antes de la primera guerra mundial. Estudió durante tres o cuatro años en la Academia de San Fernando, de Madrid, y en el Círculo de Bellas Artes. menciona con cariño y reverencia a Muñoz Degrain, Director de la academia madrileña; y a don Manuel Marín, a don Manuel Garnelo.

– Yo llegué una noche a visitar a don Manuel Garnelo –dice Reverón. Me dijo que lo que le interesaba era mi dibujo. El dibujo no pone sombras. Están las líneas. Después las mismas líneas dan las sombras. hay líneas "sombrias", esas son precisamente las difíciles...¿Marín?... Marín era el profesor de perspectiva. Uno de los dibujos que hice se lo vendí a Bernardo Monsanto. Lo debe tener allí, ¡seguro!... ¿Del Museo del Prado de Madrid?... Eso me recuerda a Velázquez, a Goya, El Greco... Velázquez, "El Cristo" de Velázquez es lo que más me interesaba. El "Cristo" de Velázquez es la caída de la cabeza...

El pintor cuenta una anécdota de su época de estudiante en Madrid: "Degrain era un buen maestro. A un mozo que estaba siempre lavándose las manos, allá en la clase, le dijo: –mire, me parece muy bien que Ud. se vaya un par de meses a la Puerta del Sol a limpiar zapatos, para que desarrolle las facultades... No se ponga aquí a limpiarse las manos cada vez que se mancha los dedos de pintura, porque..." Y Reverón ríe francamente.

– El vermellón –dijo en el curso de una larga y coherente disquisición acerca de la pintura– no debe mezclarse, como decía el maestro Degrain; se coloca puro sobre la tela. En la pintura hay que repujar con el cabo del pincel las alturas, para hundir la línea. las bocas hay que hacerlas sin carmines y sin nada, como es la escultura... Esa boca durará quinientos años en el Museo. Romero Torres, pintaba al temple primero en tela de lino, fuerte; pinta al temple las mantillas, todo bien repujado, con cola y pintura; después prosigue al óleo, porque está preparado. La pintura española, lo dijo don Manuel Marín, usaba dar una agua de cola a la tela, y después una mano de pintura, que es lo mismo

que hacía Romero de Torres. Sigue con lo oscuro, llevando la figura a su puesto con el aceite; el de linaza, que es mejor. El aceite de linaza tiene una condición muy buena, que la cola también se puede poner en una cubeta al sol y usarla sin cocer. Aquí creen que si no es cocido, no es bueno. Y eso es malo, porque en el momento en que lo cuecen, pierde la potencia de la linaza.

Después recuerda que, junto con el pintor Monasterios, se alojaron en la pensión de la señora Dolores en Barcelona, España. Estudiaron en La Lonja, donde eran profesores el señor Benelona y el señor Climen. También estuvo durante una corta temporada en París, donde tropezó en la calle con Belisario Rangel.

– ¿Qué se habrá hecho de Belisario?

– Belisario Rangel creo que murió.

– ¿Murió Belisario? –y la noble cara de Reverón suma dos arrugas de tristeza.

Pero cambia de conversación. Dice que en París estuvo poco tiempo y no tuvo mucho para visitar los Museos. Vivía cerca de la Rue Vendome, en un cuarto que les consiguió Salustio González por 10 francos al mes...

– La habitación era buena, y muy barata. Pero yo tenía miedo, porque abajo vivían los apaches... Aquello era muy peligroso. Yo no sé si eran apaches, pero vivían unos tipos de cachichicha y pañuelos colorados, muy apretados... Yo no sé cómo es la cosa... Había una escalera del tiempo del Goya, con los hierritos así, ¿tú ves?; y allí arriba no se le veía a uno la cara de oscuro que estaba. ¡No te digo; peligroso!... ¿Y la cama? Era una cama magnífica de matrimonio. Yo no sé si tendría chinches o lo que sea, pero no los sentía.

Dios y el hombre

– ¡Quién sabe cómo es eso de allá arriba, en el Cielo!... ¿Eh? Y Reverón, haciendo un gesto indefinido de desaliento, pone el interrogante interesado de una pregunta. A Reverón, que no ha pasado de ser casi un indiferente en materia religiosa, le preocupa el "más allá", y vive rodeado de las voces y las imágenes que él crea, lleno de la idea de que la representación máxima de la divinidad es el mismo hombre. Don Manuel Cabré quien ha cultivado una entrañable amistad con Reverón desde que éste tenía 17 años, me dice que esta preocupación del Maestro nació a raíz de la muerte de su madre, dama muy devota a quien Reverón quería entrañablemente.

Reverón pide permiso a Jesucristo, al Padre Eterno, a María Santísima, para hacer algo o cambiar de lugar:

– Nuestro Señor Jesucristo me dice que ahora coja para allá... Y María Santísima también. ¿Verdad, María Santísima? ¡Sí, Reverón, *está bien que ahora vayas para allá!*... Estoy hablando con el Padre Eterno, no me interrumpen.

A veces tiene ingenuidades irreverentes: "Esta vida es una comedia muy buena: es la Sagrada Comedia... ¿Padre Eterno: PUedo tomar dos huevos para el almuerzo!?!... Sí, Reverón, *tómalos, que eso te quitará ese pegote tan malo que tienes metío*... Esto es el Paraíso Terrenal... ¡Adán, ¿dónde estás tú?..."

Cuando enseñaba los bocetos a Reverón, en la habitación de Juanita, señaló con seriedad: "Mira, aquí estamos ganando indulgencias porque estamos delante de una mujer casta, aquí está la Virgen"... "Este –dijo mostrando un almanaque con la imagen del Sagrado Corazón– es un hombre que se retrató con el corazón fuera".

– ¿Esto qué es? –le preguntó Cabré fijándose en uno de los bocetos. Esto parece un hombre dirigiendo un terremoto.

– Así es, Cabré, los hombres dirigen a veces terremotos... Miren, yo entrego los bocetos a Cabré, él los ve, otro escribe, y el otro toma las fotos... Ese es el orden social: uno da y otro coge.

Reverón tiene unos pocos libros en su pequeño estante, con recortes de periódico y medicinas. Al lado de un frasco polvoriento de Pulmobronk, quedan: "Comedias y Estrenos" de Cervantes, "Fábulas de Iriarte", "Poesía y Amor de Europa", de Jean Aristeguieta, algunos ejemplares de "Lírica Hispana", "Juguetes del Destino", de Carmen Olivo Alvarez y unos viejos ejemplares de "Elite". Cuando le señalo este último hallazgo me dice: "¿Elite?", siempre lo veo; y ¿Guruceaga, cómo está?

Le pedimos unas fotos de cuando era joven. "Yo no soy tan viejo, tampoco; yo nací el 89, el 10 de mayo del 89... ¿las fotos?... Sí, hombre. María Santísima ¿se le pueden prestar las fotos a Cabré? *Sí, todo lo que quiera, Reverón, dale a Cabré todo lo que necesite.*

La enfermedad de Reverón

Me decía en una ocasión el pintor Pedro Centeno, que cuando estudiaban juntos en la Academia de Bellas Artes, ya Reverón tenía algunas manías que le valieron el apodo de "el loco Reverón", con que le nombraban cariñosamente. Durante una época estuvo sin comer otra cosa que guayabas, que él consideraba como la fruta de alimento más completo.

Durante nuestra visita le oí mencionar la fruta una vez, pero fué al dársela al mono "Panchito": "Dale las guayabas de una vez, Reverón, que son para "Panchito", lo dice el Padre Eterno".

Reverón se queja constantemente de "un pegote" que tiene metido en el cuerpo. Como oyó quejarse a Juanita de un dolor en la pierna, le interrumpió con socarronería bondadosa: "Esta, lo que tiene es lo mismo que yo, que tiene la 'porquería metía". "Lo que tengo yo –dijo casi a renglón seguido– es una flojera entrometida que se quita pintando". Como Cabré asintiera convencido, se apresuró a rectificar un poco: "Pero no estoy en condiciones de pintar hasta se vaya el pegote"...

– ¿Te gustaría visitar al doctor Báez Finol, Armando? Tú sabes que él se quebró una pierna.

– Si, hombre, yo quería llamarle. Yo aprecio mucho al doctor Finol. El me atendió muy bien. Quisiera visitarle; pero ahora no estoy, chico, para salir por la calle con esta música...

Reverón se refiere a los ruidos con que de vez en cuando acompaña sus esfuerzos de echar fuera ese "bicho que me molesta dentro". Acompaña con gestos de la mano, que

dice que está magnetizada, llevándola a lo largo del hombro y el pecho. Dice también que no le saldrá fuera "eso" hasta que termine el "cuadro del caney", que debe estar relacionado con el cuadro de la Sagrada Familia que él menciona a veces. Este es el círculo vicioso que tiene atormentado al artista: no puedo pintar hasta que se cure, y no se curará hasta que termine el cuadro.

Reverón está en un estado lamentable de dejadez. Posee un carácter fuerte, y no se deja lavar con la frecuencia que quisiera Juanita, su paciente compañera. Si pudiera sometérsele a un régimen de aseo durante algún tiempo, seguramente que desaparecería una gran parte de sus manías.

– Las porquerías no hay que tocar, ni limpiar, porque también son de Dios y cumplen su objeto.

Juanita hace pacientemente cuanto puede. Opina que no sería difícil trasladar a Armando hasta el Sanatorio San Jorge, donde permaneció antes durante cerca de tres meses. Ella está convencida, que, como antes, estará bueno después de algún tiempo de tratamiento. Reverón tiene en gran estima al Dr. Báez Finol, y sería un placer para él verle de nuevo. El doctor Finol ya se ofreció a atenderle. Esta primera medida de atención médica debería ser tomada sin esperar más. Esta es la opinión de su esposa, quien afirma que Reverón se repondría en poco tiempo.

Al despedirnos, Reverón se entristeció un poco. Le gusta recibir visitas, y, sobre todo, le gusta volver a ver amigos que pueden despertar en él recuerdos de otros tiempos. "Espera –le dijo a Cabré cuando ya nos íbamos– que me voy a limpiar". Fué un esfuerzo generoso del pintor para complacer a su amigo. Cuando estuvo en la puerta le pidió:

– Mira, Manuel, regresa por aquí otra vez...